

—¿Qué manera de andar es esa?

—Padre —respondieron los cangrejitos—, pues camina tú para que veamos como hay que hacer.

El padre cangrejo echó a andar, pero torcía su marcha más aún que los pequeñuelos. En vista de lo cual, desistió en adelante de llamarle la atención. Eso mismo pasa con los padres que dan mal ejemplo, que ya no se atreven a corregir a sus hijos aunque los vean cargados de vicios. Y, sin embargo, deben corregir, pues, de no hacerlo, pecarían ciertamente. Entonces ¿qué hacer? Por lo menos (como enseña Santo Tomás), rueguen encarecidamente a sus hijos no quieran imitar sus malos ejemplos. Mas ¿de que servirá —digo yo— tan menguado remedio, si los padres persisten en su mala conducta? Porque esto es cierto, que mientras los padres les dan mal ejemplo, son inútiles las advertencias, las súplicas y todos los castigos.

Reglamento de una padre de familia

20. El padre que quiera gobernar bien su familia, debe hacer dos cosas: primero arrojar de su casa todo lo malo; segundo, promover luego en ella las virtudes.

Lo que digo del padre vale también para la madre.

En cuanto a lo primero, que *es alejar de la casa todo lo malo*, deben los padres:

1.º Impedir que los hijos traten con gente escandalosa ni con criados de malas costumbres, ni con maestros que no den pruebas de intachable conducta.

2.º Despedir de casa al criado o la sirvienta que pudiera ser para los hijos lazo de tentación. Un buen padre tiene cuidado de no admitir a su servicio criadas jóvenes cuando ya los hijos son mayorcitos.

3.º Barrer de casa todo libro obsceno o de amores. Estos libros son la ruina de la pobre juventud.

Era un joven, espejo de virtudes; cayó en sus manos por acaso un libro obsceno, y tal estrago hizo en su alma, que vino a ser el escándalo de todos. Acabó cayendo en manos de la justicia y condenado a destierro. Otro joven, no pudiendo por otros caminos vencer la honestidad de una mujer, acudió a poner en sus manos una novela de amores, y por aquí consiguió que aquélla perdiese su honra y su alma.

Hay que tomar precauciones particularmente contra esos libros, hoy tan en boga, que llevan el veneno de algún error contra la fe o contra los derechos de la Iglesia.

21. 4.º Retirar de las paredes del hogar cuadros y pinturas que ofenden la molestia mayormente si son obscenas.

Del Cardenal Belarmino refiere Juan Rho que, visitando la casa de un hombre del mundo, vio en las paredes ciertas pinturas indecorosas, y volviéndose al caballero le dijo:

—Amigo, una limosna os pido por amor de Dios para vestir a unas mujeres que no tienen con qué cubrirse.

—Con sumo gusto— repuso el caballero; pero ¿y quiénes son ellas?

Entonces el santo Cardenal, con un gesto significativo, mostróle las pinturas que colgaban en su pared.

¡Oh, y cómo han de gozar los demonios ante las pinturas y láminas deshonestas de algunas casas!

22. 5.º Prohibir a los hijos ir al baile o hacer en las tablas el papel de comediantes.

No consentir que las hijas tomen lecciones particulares de ningún extraño. ¡Cuánto peligro hay en esto! En vez de aprender las letras, lo que aprenden es a pecar. Escojan por preceptores alguna mujer o algún hermano menor; *menor, digo, porque de lo contrario* aún habría peligro.

Nunca permitan los padres que hermanitas y hermanitos duermen juntos, y menos todavía los acuesten en su mismo lecho.

Cuiden mucho de que las hijas no hablen a solas, en plan amigable, con ningún hombre, aunque fuera un santo. Los santos que están en el cielo ya no pueden pecar, pero los que todavía andan por la tierra son de carne como el resto de los hombres, y si no se apartan de las ocasiones peligrosas, pueden convertirse en demonios. A este fin, será conveniente encomendar a alguna de las hijas más juiciosa y reservada al cuidado de vigilar y de denunciar en secreto ese género de familiaridades y cualquiera otra inmoralidad que hubiere.

23. En cuanto a lo segundo, que es *promover el bien y la virtud*, deben los padres:

1.º Hacer que todos los hijos, al levantarse por la mañana, pidan a Dios la gracia de no ofenderle a lo largo del día, rezando a este fin las *Tres Avemarías a la Santísima Virgen*. ¡Y qué hermoso sería si, reuniendo a toda la familia, hicieran meditación en común por espacio de media hora, leyendo alguno de los hijos los puntos de la meditación, como en muchos lugares se practica!

24. 2.º Cuidar que los hijos reciban a su debido tiempo los Sacramentos: el de la Confesión y Comunión cuando ya tienen siete años. Procuren que

ya entonces reciban también el Sacramento de la Confirmación: ítem más, que confiesen y comulgen por lo menos cada quince días, pero esto sin forzarles la voluntad ni obligándoles tampoco a ir con determinado confesor, no sea que cometan algún sacrilegio.

Por lo demás, es de mucho provecho, para que los hijos cumplan con sus deberes cristianos, acostumbrarlos a practicar cosas que no sean de obligación, como ayunar los sábados, rezar diariamente en honor de la Virgen el Rosario y las letanías, hacer por la noche, al acostarse, examen de conciencia y los actos de fe, esperanza y caridad; visitar al Santísimo Sacramento...

Doble desde la juventud su cuello, dice el Espíritu Santo (Eclo. 7,25). San Luis de Francia solía santiguarse al principiar cualquier acción, y decía: «Esto me enseñó mi madre desde niño.» ¡Plugiera a Dios que todos los padres amañasen así a sus hijos! Pero... les interesa más prepararlos para los negocios temporales que para los del alma, aunque, al fin, acaben por perder los unos y los otros.

25. 3.º Grabar en el corazón de los hijos principios de vida cristiana que los lleven a evitar las malas compañías y las ocasiones de pecar, a conformarse con la voluntad de Dios y a sufrir con paciencia las adversidades. Pónganles delante de los ojos la desgracia de los que viven en pecado y cuánto importa salvar el alma. Háganles considerar la vanidad del mundo, la hora de la muerte, que de todo nos ha de despojar; la necesidad de encomendarse a Dios en los momentos de la tentación, el precio y eficacia de la devoción a la Santísima Virgen María.

Imprimiendo estas cosas en el ánimo de los niños, empezarán a practicarlas desde su infancia y, de este modo, vivirán cristianamente hasta la muerte.

§ 3. — De las obligaciones de amos y criados y de los esposos entre sí

26. *A) De los amos.* —Pecan: *a)* Si son causa de que los criados trabajen en días de fiesta y no asistan a la Santa Misa. Obligados están, asimismo, a velar por que la servidumbre cumpla con el precepto pascual y con todas las demás obligaciones del cristiano.

b) Pecan si no los corrigen cuando ofenden a Dios con blasfemias, con conversaciones obscenas, con pecados de escándalo, etc.

c) Pecan si les niegan el merecido salario o no se lo pagan a su debido tiempo.

27. *B) De los criados.* —Pecan éstos, a su vez:

a) Si no atienden a sus quehaceres o no obedecen a sus dueños como es debido.

b) Si consienten contra sus amos algún perjuicio que fácilmente podrían ellos evitar; más aún, cuando el daño proviene de gente extraña (no de parte de otros consiervos), si pudiéndolo impedir no lo impidieron, están obligados a restituir.

c) Si abandonan el servicio antes del plazo concertado.

d) Si buscan compensarse ocultamente, dando por razón que su trabajo merecer mayor retribución. En el siglo XVII hubo teólogos que afirmaban: “Los criados y muchachas de servicio pueden sustraer al-

go ocultamente a sus amos para compensarse de sus servicios cuando lo estimen digno de mayor salario". Pero el papa Inocencio XI condenó como herética la citada afirmación. (Denz., N° 1187).

e) Si cooperan a algún pecado de sus amos... aun siendo a pesar suyo. Sólo tendrían disculpa cuando de no acceder se les siguiese un gran daño, siempre y cuando la cooperación no sea intrínsecamente mala.

28. C) De los esposos. —Peca el marido:

a) Si por culpa suya llega a faltar a su mujer vestido o alimento.

b) Si la maltrata a palo o bofetadas con graves injurias. La esposa no es una esclava, sino una compañera. Con frecuencia el hombre, antes del matrimonio, hace a la mujer bellísimas promesas: «Tú serás la reina de nuestra casa: tú, la dueña de mi corazón» y luego, a la vuelta de unos meses, la tratan como a una bestia.

—¡Qué! ¿Es que yo no puedo castigar a mi mujer cuando no se porta bien?

—Puede castigarla, con moderación, cuando diese, sobre todo con el desarreglo de sus costumbres, grave motivo para ello, y advertida repetidas veces, se negase a entrar por el camino recto. Pero no te es lícito golpearla y menos por cualquier descuido, como sería por haber soltado alguna palabra desdeñosa en un momento de enfado o por no obedecer en cosas de poca monta.

c) Si no la deja cumplir sus deberes religiosos, como el de asistir a misa los domingos, comulgar por Pascua, confesarse varias veces al año, pues difícilmente podría conservarse en gracia de Dios el que

viviendo en el mundo se contenta con la confesión anual.

—Pero, padre, es que mi mujer se empeña en confesar y comulgar todos los días.

Te respondo:

—Si esa frecuencia de sacramentos es causa de que abandone los deberes de la casa, podrás prohibírsele; pero si atiende bien a sus obligaciones y, por otra parte, no hay otros inconvenientes, no se lo puedes estorbar.

29. Peca la esposa: *a)* Si no obedece al marido en lo que es justo, por ejemplo, en lo que se refiere al débito conyugal. Y cada acto de desobediencia será un nuevo pecado.

b) Si dispone contra la voluntad del esposo de los bienes comunes más de lo acostumbrado entre señoras de su condición. El dueño de esos bienes no es la mujer, sino el marido. Sólo si éste desatendiese las necesidades de la familia podrá la mujer meter un poco la mano en dichos bienes, según lo exigiere la necesidad.

c) Si al cambiar el marido de domicilio ella se resistiese a seguirlo. La esposa está obligada a establecerse allí donde reside el marido, a no ser que en el contrato de matrimonio hubiesen concertado otra cosa o la cohabitación pudiera acarrearle a ella daño o peligro grave.

d) Si con sus airadas respuestas es causa de que el marido se desate en blasfemias.

A veces se lamentan las mujeres de que el esposo las maltrata de continuo.

Pero, señora, ¿por qué cuando lo ves airado, no te callas en lugar de echar más leña al fuego?

Vivían en el mismo sitio una encina y una caña. Y se levantó un viento huracanado. La encina quiso resistir, y vió tronchadas sus ramas; la caña se inclinó, dejó que el huracán pasara sobre ella y no sufrió daño alguno;.

¿Has entendido? Si tu esposo se encoleriza pon un candado a tu boca, deja que pase la ventolera, y te verás libre de malos tratos.

Se quejaba cierta señora de continuos vejámenes por parte de su marido. «yo te recetaré —le dijo un prudente varón— un agua que, si la tienes en la boca mientras tu marido se encoleriza, te librarás de sus malos tratos.» Se la dio; y en la primera ocasión que tuvo la mujer de ver airado a su marido la tomó y retuvo en la boca; y el marido, efectivamente, dejó esa vez en paz a su mujer. Acudió ésta entonces a aquel discreto consejero rogándole le indicase la fuente de aquel agua maravillosa; y la respuesta fue; «Puede tomarla de cualquier manantial, pues su virtud está en que, cuando se encoleriza el marido, te estés tu callada.»

30. Refiere San Agustín de su santa madre. Mónica, que aunque tenía un esposo intratable e iracundo, vivía con él en completa paz; y como algunas vecinas suyas, que andaban en frecuentes discordias con sus maridos, le preguntasen cómo se las arreglaba para vivir pacíficamente con aquel hombre, Mónica les respondía:

—Hermanas, la culpa de los malos tratos que recibís de vuestros esposos no está tanto en la maldad de ellos cuanto en la vuestra. Es que vosotras, respondiendo y replicando, los exasperáis, y así no es extraño que nunca tengáis paz. Yo, cuando veo irri-

tado al mío, me callo, lo sufro en paciencia y pido a Dios por él, y vivo tranquila. Hacedlo así también vosotras y gorzaréis igualmente de paz en vuestros hogares.

QUINTO MANDAMIENTO

No matarás (Ex., 20,13)

1. Prohíbe Dios hacer cualquier daño al prójimo, bien sea en su persona, bien sea en sus bienes materiales o en su honra.

De los daños causados en los bienes materiales o en la honra trateremos en el séptimo y octavo Mandamiento, respectivamente.

Ahora sólo nos toca hablar del daño infligido a la persona.

2. Lo primero que se prohíbe en este Mandamiento es causar la muerte a nuestros semejantes o golpearlos o herirlos.

—¡Lo he de matar!, dice un individuo ansioso de venganza.

Pero ¿eres tú, por ventura, el dueño de la vida del prójimo? Dueño, solamente es Dios, del cual está escrito: *Tú, Señor, tienes poder sobre la vida y la muerte* (Sal. 16,13).

¡Oh, y cuán aborrecidos son de Dios los hombres sanguinarios! Ya en esta vida misma los castiga. *Hombres sanguinarios y dolosos* —dice David— *no llegarán a la mitad de sus días* (Sal. 55,24), es decir, no vivirán ni la mitad del tiempo que, de lo contrario, hubieran vivido. De Caín leemos en la Sagrada

Escritura que, después de la muerte de su hermano Abel, *anduvo errante y vagabundo por la tierra* (Gén. 4,16). Esta es la suerte de los homicidas: una vez hecho el crimen, vagan de acá para allá acosados por el miedo a la justicia o a los familiares de la víctima; mucho más ahora que ya no gozan las iglesias del derecho de asilo.

3. Y aunque ningún hombre los persiga, su propia conciencia no los dejará en paz. Se cuenta de Constante II que, después de haber asesinado a su hermano Teófilo, le parecía ver a su lado, cuando por la noche se acostaba a dormir, la sombra de la víctima, la cual, mostrándole en su mano una copa llena de sangre le decía: «Bebe, hermano, bebe.» Estas terroríficas visiones lo lanzaron a errar por el mundo; ni consiguió apartarlas de sí mientras no vino a ponerles fin su muerte desastrosa.

A otro criminal que había matado a un niño, le parecía ver por todas parte a su inocente víctima como increpándole: ¡«Despiadado!, ¿por qué me quitaste la vida?» Huyó el criminal a un convento; pero allá le siguió también el espectro infantil con su lamento: «¿Por qué, dí, me quitaste la vida?» Y así pasaron nueve años, hasta que no pudiendo sufrir mas tristes quejas, se presentó espontáneamente al juez, quien lo condenó a muerte.

4. Sólo Dios es dueño de nuestra vida. En consecuencia, nadie puede tampoco quitársela a sí mismo. Si hubo Santos que se procuraron la muerte— como se cuenta de Santa Apolonia, que ella misma se arrojó a la hoguera preparada por el tirano—, lo hicieron por divina inspiración, libres, por lo tanto,

de toda culpa. Necedad fue y error de herejes donatistas la doctrina de que se era mártir dándose a sí propio la muerte. ¡Sí, martires... del demonio!, ya que privándose de la vida corporal, perdían también la del alma.

Pecan, pues, los glotones que comen con exceso, e igualmente los que injieren alimentos nocivos a la salud, a sabiendas de que así se exponen a quebrantarla con alguna enfermedad; y es que tenemos obligación de mirar por la conservación de nuestra vida y por evitar los peligros de muerte.

Pecan, también, los que a sí mismo se desean la muerte. Sin embargo, esto es lícito cuando nace del deseo de ir al cielo a unirse con Dios, como lo vemos en San Pablo, que decía: *Deseo morir para estar con Cristo* (Fil. 1,23); o cuando es por librarse del peligro de ofender al Señor o de alguna terrible prueba que pudiese arrastrarnos a la desesperación o a cometer algún pecado, como la Escritura nos dice de Elías, que buscaba la muerte para verse libre de las regias iras de Jezabel. Lo que nunca sería lícito es desearse la muerte a impulso de la desesperación o del despecho.

5. Es pecado mortal emborracharse hasta el punto de perder el uso de la razón, lo cual es dejar de ser hombre para hacerse bestia. Y hay quienes llevan su vicio a tan repugnante extremo, que no suelen el vaso de la mano hasta que no les fallan por completo los pies y la vista. Repito que esto es pecado mortal o, mejor dicho, un cúmulo de pecados mortales, ya que el hombre en estado de embriaguez es responsable de todos los pecados, blasfemias, obscenidades o daños materiales que pudo o debió pre-

ver. Y cuando otros males no hubiera, ya está, por lo menos, el de privarse voluntariamente de la razón, cosa que no puede excusarse de pecado mortal. Y no vale decir: «Es que me voy en seguida a la cama a desollar la mona.» Y eso ¿qué importa? Ya está cometido el pecado por el solo hecho de beber en cantidad que, a juzgar por pasadas experiencias, baste para privarte del sentido.

6. Esto por lo que mira a nosotros mismos.

En cuanto al prójimo, tres son las causas que hacen lícita su muerte: la autoridad pública, la propia defensa y la guerra justa.

1) *La autoridad pública*: Puede y deben los jueces y gobernantes dictar pena capital contra los reos dignos de muerte; y los ejecutores de la sentencia, al consumir la ejecución, cumplen con un deber. Es Dios mismo quien manda que el reo sea castigado.

7. *La propia defensa*: Es lícito matar al injusto agresor cuando el agredido no tiene otro remedio de salvar su vida. Esta es sentencia común entre los teólogos, siguiendo a Santo Tomás, al Catecismo Romano y el texto canónico que dice: «Todas las leyes permiten rechazar la fuerza con la fuerza.»

Defienden también comúnmente los autores, siguiendo a San Antonino y a Santo Tomás, ser lícito dar muerte al ladrón cuando, instado a soltar la presa, se resiste a ello; y se fundan en el texto del Exodo, que dice: *Si el ladrón fuere sorprendido en el acto de perforar, y fuera herido y muerto, no será* (el matador) *reo de delito de sangre* (Ex. 22,2), cual debe entenderse cuando el robo fuese de mucha importancia o, más bien —como enseñan muchos

autores—, cuando el robo fuera tal que deje al dueño o a su familia en grave necesidad.

También es lícito defender la propia honestidad dando muerte al agresor, si otro remedio no hubiera para ponerla a salvo.

8. 3) *La guerra justa*: Cuando la guerra es ciertamente o, por lo menos, dudosamente justa, es lícito matar al enemigo siempre que sea en acciones impuestas por el mando.

Contra el duelo y los desafíos entre personas privadas tiene la Iglesia [penas gravísimas. Por de pronto, excomunión *ipso facto*, simplemente reservada a la Sede Apostólica. La excomunión alcanza a los que se baten en duelo, a los que retan a él, o los que aceptan, o de cualquier modo cooperan o lo favorecen; a los que de propósito lo presencian y a los que lo permiten, o en cuanto esté de su mano no lo prohíben, *cualquiera que sea su dignidad*. Los individuos que se baten y los llamados «padrinos» son además *ipso facto* infames. Los que hubieran muerto en el duelo o de heridas recibidas en él quedan privados de la sepultura eclesial, a no ser que antes de la muerte hubieran dado alguna señal de arrepentimiento].

9. Fuera de estos tres casos enumerados, siempre es pecado matar al prójimo, y lo es también herirlo o golpearlo.

Un pecado gravísimo que clama venganza al cielo es el aborto, que no es otra cosa que el asesinato a sangre fría de los niños más indefensos e inocentes. Y es más grave todavía cuando son asesinados precisamente por aquellas personas que mayor obligación tienen

de defenderlos, como son sus propios padres y los médicos, cuyo oficio es salvar vidas y no cometer asesinatos. Teman éstos lo que dice el Exodo (23, 7): *“No hagais morir al inocente, porque Yo no perdonaré al que sea culpable de ello”*.

Ayudar y proteger a los asesinos es hacerse responsable de sus crímenes; ¡y eso es precisamente lo que hacen los gobiernos que permiten el aborto, y los ciudadanos que con sus votos ayudan al gobierno! (Véase el Apéndice).

10. Y si es pecado hacer mal prójimo lo es igualmente el deséarselo. De ahí que toda maldición, si es de males graves y se profiere con deseo de que se verifique, es pecado mortal. No se requiere para ello que el mal deseo sea duradero en el ánimo de quien maldice: basta con que éste, en el momento de la imprecación, desee advertidamente a otros la muerte o cualquier grave mal.

Así, pues, desterrad de vuestros labios la detestable costumbre de maldecir y, acostumbraos a expresiones como éstas: «Dios te perdone», «Dios te bendiga». Y si alguno vomita rayos y centellas contra vosotros, servíos del remedio que nos propone el Espíritu Santo cuando dice: *La respuesta blanda aplaca el furor* (Prov. 15,1). Con un «Ten compasión de mí», «Ten paciencia», «Perdón, lo hice sin darme cuenta», dicho con voz suave, amansaréis al punto a aquella persona, y todo quedará en nada. ¿Que alguien os grita: «Ojalá te mueras»? , respondedle: «Y a ti Dios te dé salud»; veréis qué pronto se le apaga la colera. Pero si en esos momentos se os sube también a vosotros la sangre a la cabeza, lo mejor que podéis hacer es callar, porque si habláis a impulsos

de la pasión, diréis cosas que, aunque por el momento os parecieron oportunas, luego, cuando se os calme el ánimo comprenderéis que fueron despropósitos y que hicisteis muchos pecados, si no mortales por lo menos veniales. Si recibís alguna ofensa, encomendaos a Dios; y si os vienen deseos de venganza, traed a vuestra memoria y considerad las ofensas que vosotros hicisteis a la divina Bondad. Y si ésta os ha sufrido ¿será mucho pedir que vosotros sufráis por amor de Dios las injurias de los demás?

11. Oíd la santa venganza que un padre tomó contra el asesino de un hijo suyo.

Cuenta el P. Ghisolfi en la Vida del *Caballero César de Consúlibus* que a dicho señor le mataron el único hijo que tenía; y para colmo, a casa de César vino a refugiarse el asesino, sin saber que aquel señor fuese el padre de la víctima. El caballero, en cambio conocía al criminal; más ¿qué hizo? Le dio acogida y encima, dinero y caballo para que pudiera escapar seguro de las manos de la justicia. ¡Así se vengan los verdaderos cristianos?

APENDICE II

Atentados contra la vida del de niño en el seno de la madre

1. Muchos seres humanos, engendrados en el seno materno, en él hallan su tumba por la intervención misma del hombre.

Esta intervención es de dos géneros: a) mediante operación quirúrgica, que destruye dentro del seno

mismo a la criatura; b) por aborto de expulsión prematura de la misma.

Tanto una forma como la otra pueden ser o por acción *directa*, esto es, cuando los medios empleados se ordena en sí mismos y en la intención del que obra a la eliminación del feto; o por acción *indirecta*, esto es, cuando los medios, tanto en la intención como por su propia naturaleza, tienden a remediar directa e inmediatamente la enfermedad mortal de la madre, aunque de ello se siga indirectamente y como consecuencia la muerte del niño.

2. MUERTE Y ABORTO INDIRECTOS: Esta acción *indirecta* es lícita bajo las siguientes condiciones:

1.^a Que el remedio empleado o intervención quirúrgica se ordene directa o inmediatamente, como queda dicho, a la salud de la madre.

2.^a Que no se pueda emplear otro remedio eficaz que no lleve consigo, como su efecto, la muerte del niño; ni pueda, por otra parte, diferirse la operación hasta el nacimiento de la criatura.

3.^a Que se provea, dentro de lo posible, al bautismo del feto.

«Hemos usado de propósito siempre la expresión *atentado directo* a la vida del inocente, *muerte directa*. Porque si, por ejemplo, la salvación de la vida de la futura madre, independientemente de su estado de embarazo, requiriese urgentemente una intervención quirúrgica u otra aplicación terapéutica que tuviera como consecuencia secundaria sanitaria, en ningún modo querida ni intentada, pero inevitable, la muerte del feto, tal acto no podría ya llamarse un atentado directo a la vida del inocente. En estas

condiciones la operación puede ser lícita, como otras intervenciones médicas semejantes, siempre que se trate de un bien de alto valor como es la vida y no sea posible diferirla hasta después del nacimiento del niño ni recurrir a otro remedio eficaz» (Pío XII, *Front. Fam.*) (1).

3. DE QUE TRATAMOS AQUI: No de las prácticas anticonceptivas, por las cuales se desvirtúa el acto conyugal privándolo de su capacidad generativa e impidiendo así la aparición una nueva vida en el seno materno. De ellas trataremos al hablar del Matrimonio (Part. II, cap. 6, *Apéndice*)

Tampoco de la muerte, o del aborto que *indirectamente* extinguen la vida del niño en el seno materno. Baste lo dicho: que es lícito con las condiciones que acabamos de indicar.

Tratamos: De la operación quirúrgica *directamente* ocisiva del feto, llámese *embriotomía, craniotomía, cepalotripsia, embriotlasia, etc.*; operaciones que tienden a despedazar o aplastar al niño dentro del seno, para hacer luego posible su extracción; y del aborto *directamente* procurado, expulsando el feto que, por inmaduro, necesariamente tiene que morir.

4. RAZONABLE REGULACION DE LA PROLE: Adviertáse que la doctrina de la Iglesia al condenar estos procedimientos no pretende que los esposos se carguen de tantos hijos cuantos pueda dar de sí su capacidad de engendrar. La iglesia no se opone, ni muchos menos, a una razonable y justificada

(1) Pío XII, *Aloc. al Congr. del Frente de la Familia*, 26 nov, 1951 (*A. A. S.*, 33, 1951, 855-860; *Ecclesia*, n.º. 544, 15 dic. 1951, pp. 657-658).

limitación de la prole. «En nuestra última alocución sobre la moral coyugal (2) —dice Pío XII— hemos afirmado la legitimidad y al mismo tiempo los límites, en verdad bien amplios, de una regulación de la prole que, contrariamente al llamado «control de los nacimientos, es compatible con la ley de Dios» (Pío XII, *Front. Fam.*)

5. DOCTRINA DE LA IGLESIA: *Toda muerte del feto directamente procurada (sea por operación occisiva, sea por aborto) quebranta gravemente el mandamiento de Dios. «No matarás», y por ningún pretexto puede justificarse.*

«Todo ser humano, aunque sea el niño en el seno materno, recibe el derecho a la vida de Dios, no de los padres ni de clase alguna de sociedad o autoridad humana. Por eso no hay ningún hombre, ninguna autoridad humana, ninguna ciencia, «indicación médica, eugenésica social, económica, moral, que pueda exhibir o dar un título jurídico o válido para una disposición deliberada, directa, sobre una vida humana inocente; es decir, una disposición que mire a su destrucción, bien sea como fin, bien como medio para otro fin acaso de por sí en modo alguno ilícito... La vida de un inocente es intangible, y cualquier atentado o agresión directa contra ella es violación de una de las leyes fundamentales sin las que no es posible una convivencia humana» (Pío XII, *Comdr.*) (3).

(2) Alude a la que el 2 de octubre de 1951 dirigió al Congreso de comadromas católicas de Italia.

(3) Aloc. a la Unión Católica de Comadromas de Italia, 2 oct 1951 (A. A. S., 33, 1951, 835-854; *Ecclesia*, n.º 539, 10 nov, pp. 517-523)

«La vida humana inocente, en cualquier condición en que se encuentre, está sustraída desde el primer instante de su existencia a cualquier ataque voluntario directo. Este es un derecho fundamental de la persona humana, de valor general en la concepción cristiana de la vida; válido tanto para la vida todavía escondida en el seno de la madre, como para la vida abierta ya fuera de ella; lo mismo contra el aborto directo que contra la directa muerte del niño, antes o después del parto» (Pío XII, Front. Fam.).

—Pero ¿y en caso de conflicto entre la vida del embrión o del feto y la vida de la madre? Si la prole ya concebida y aun no dada a luz pone en peligro la vida de la madre ¿ni aun entonces será lícito eliminar aquélla para salvar ésta?

—Ni aun entonces por los procedimientos antes dichos. «Nos mueve a compasión el estado de la madre a quien amenaza, por razón del oficio natural, el peligro de perder la salud y aun la vida; pero ¿qué causas podrán excusar jamás de alguna manera de la muerte directamente procurada del inocente? Porque de ésta tratamos aquí. Ya se cause tal muerte a la madre, ya a la prole, siempre será contra el precepto de Dios y la voz de la naturaleza que clama: «No matarás.» Es, en efecto, igualmente sagrada la vida con ambos, y nunca tendrá poder, ni siquiera la autoridad pública, para destruirlas» (Pío XII, *Cast. Conm.*) (4).

«El atentado directo a la vida humana inocente como medio para el fin —en el caso presente para el

(4) *Encicl. Casti Connubii*, 31 dic. 1930 (A. A. S., 22, 1930, 559-565).

fin de salvar otra vida— es ilícito (Pío XII, Front. Fam.).

6. OBJECCIONES: «Pero —se objeta— la vida de la madre, principalmente de una madre de numerosa familia, es siempre un precio incomparablemente superior a la de un niño no nacido aún.

—La respuesta a esa angustiosa objeción no es difícil: la inviolabilidad de la vida de un inocente no depende de su mayor o menor valor. Ha ya más de diez años que la Iglesia ha condenado formalmente la destrucción de la vida estimada «sin valor» (5); y quien conoce los tristes antecedentes que provocaron tal condena, quien sabe ponderar las funestas consecuencias a que se llegaría si se quisiera medir la intangibilidad de la vida inocente según su valor, bien sabe apreciar los motivos que han conducido a aquella disposición.

Además ¿quién puede juzgar con certeza cuál de las dos vidas es en realidad más preciosa? ¿Quién puede saber que camino recorrerá ese niño y qué altura de acciones y perfección podrá él alcanzar? Se comparan aquí dos grandezas, de una de la cuales no se conoce nada» (*Front. Fam.*)

«Salvar la vida de la madre es un nobilísimo fin; pero la muerte directa de la llamada «vida sin valor», nacida o todavía si nacer, practicada en gran número hace pocos años, no se puede en modo alguno justificar» (*Comdr.*).

Y no es que la Iglesia tenga en más la vida del niño que la de la madre. «Jamás y en ningún caso ha enseñado la Iglesia que la vida del niño deba prefe-

(5) SACR. CONG. S. OFF., Decr, 2 dic. 1940 (A. A. S., 32, 1940, 533-554).

rirse a la de la madre» (Comdr.). Tan sagrada es la de uno como la de otra.

7. Por lo demás «es un error plantear la cuestión con esta disyuntiva: o la vida del niño o la madre. No; ni la vida de la madre ni la del niño pueden ser sometidos a un acto de supresión directa». (Comdr.).

8. OTRAS OBJECCIONES. Tal poder contra la vida «de los inocentes neciamente se quiere deducir del derecho de vida o muerte», que solamente puede invocarse el derecho de defensa cruenta contra el injusto agresor (¿quién, en efecto, llamará injusto agresor a un niño inocente?); ni existe el caso llamado «derecho de extrema necesidad», por el cual se puede llegar hasta procurar directamente la muerte del inocente (Pío XI, *Casti Conn.*).

9. ¿Qué solución entonces queda? Hacer todo esfuerzo para salvar la vida de ambos. «Son de alabar aquellos honrados y expertos médicos que trabajan por defender y consevar la vida, tanto de la madre como de la prole; mientras que, por el contrario, se mostrarían indignos del ilustre nombre y honor de médicos quienes procurasen la muerte de la una o de la otra so pretexto de medicinar o movidos de una falsa misericordia» (Pío XI *Cast. Conn.*). Y Pío XII: «*Es una de las más bellas y nobles aspiraciones de la medicina el buscar siempre nuevas vías para asegurar la vida de entrambos. Si, no obstante todos los progresos de la ciencia, se dan todavía y se darán en lo fututo casos en los que se debe contar con la muerte de la madre cuando ésta quiere conducir hasta el nacimiento la vida que lleva dentro de sí y no destruir-la violando el mandamiento de Dios «No matarás»,*

no queda al hombre, que hasta el último momento se esforzará por ayudar y salvar otra solución que inclinarse con respeto delante de las leyes de la naturaleza y de las disposiciones de la divina Providencia» (Front. Fam.).

10. EJEMPLO ALECCIONADOR.—Para terminar, ponemos el ejemplo que el mismo Romano Pontífice, Pío XII, refirió a los componentes del Frente de la Familia en la alocución, tantas veces citada, de una madre cristiana hasta el heroísmo.

«Año 1905. Vivía entonces una joven mujer, de una noble familia y todavía de más nobles sentimientos, pero grácil y delicada de salud. Adolescente, había estado enferma de una pequeña pleuritis apical, que parecía curada; pero cuando, después de haber contraído un feliz matrimonio, sintió que en su seno se desarrollaba una nueva vida, advirtió muy pronto un especial malestar físico que consternó a los dos valientes médicos que velaban con amorosa solicitud sobre ella. Aquel viejo proceso apical, aquel foco ya cicatrizado, no había tiempo que perder; si se quería salvar la delicada señora, era preciso provocar sin la más mínima dilación el aborto terapéutico. También el esposo comprendió la gravedad del caso y declaró su consentimiento al acto doloroso.

»Pero cuando el ginecólogo que la cuidaba le anunció con toda consideración la deliberación de los médicos exhortándola a rendirse a su parecer, ella respondió con acento firme: «Le doy las gracias por sus piadosos consejos; pero yo no puedo trincar la vida de mi criatura. ¡No puedo, no puedo! La siento ya palpar en mi seno; tiene derecho a vivir; esa vida viene de Dios y debe conocer a Dios para amarlo y

gozarlo.» También el marido pidió suplicó, imploró; ella permaneció inflexible y esperó serenamente el desenlace.

»Nació una niña con toda normalidad; pero inmediatamente después la salud de la madre fue empeorando. El foco pulmonar se extendió; el mal fue en aumento progresivo. Dos meses después estaba en sus últimos momentos; se volvió a mirar a su pequeña, que crecía sana con una robusta nodriza. Sus labios dibujaron una dulce sonrisa y plácidamente expiró.

«Transcurrieron varios años. En un instituto religioso se podía notar particularmente a una joven Hermana toda entregada al cuidado y a la educación de la inocencia abandonada, que con ojos que inspiraban amor materno se inclinaba sobre los pequeños enfermos como para darles vida. Era ella, la hija del sacrificio, que ahora, con su gran corazón, difundía tanto bien entre los niños abandonados. El heroísmo de la intrépida madre no había sino vano».

SEXTO MANDAMIENTO

No fornicaras (Ex., 20,14)

1. Poco hemos de hablar de este vicio ya que la virtud de la castidad —como dice San Francisco de Salés— parece que se empaña con sólo nombrarla.

Preferimos que en esta materia cada cual regule su vida según los consejos del propio confesor.

Sólo diré, como advertencia general, que en la confesión deben declararse no solamente los actos consumados, sino también cualquier tocamiento impuro y torpe mirada y palabras obscenas, particularmen-

te (refiriéndonos a las palabras) si en ellas hubo complacencia o si se profririeron con peligro de escándalo de quien las oía. Igualmente se debe manifestar todo pensamiento deshonesto. Hay quienes en su ignorancia creen que todo está hecho con declarar los actos externos de lujuria; no, también hay que decir al confesor todos los malos pensamientos consentidos. Las leyes humanas, cuando algo prohíben, sólo miran al acto externo, pues los hombres únicamente ven lo que aparece externamente; pero Dios, que ve en el interior del corazón, condena también los malos movimientos de la voluntad. *No ve Dios como el hombre* —leemos en la Sagrada Escritura—; *el hombre ve la figura, pero Yave mira el corazon* (1Sal. 16,7).

Vale esto para cualquier pensamiento consentido en cualquier género de pecado. Total, que delante de Dios lo que no puede realizarse sin pecado, tampoco puede desearse sin pecado.

2. Dije *pensamientos consentidos*. Sobre lo cual es preciso saber distinguir bien cuándo el pensamiento feo es pecado mortal, cuándo venial y cuándo no hay en él pecado ninguno.

En este género de pecado concurren tres cosas: *sugestión, deleitación y consentimiento*.

La sugestion es aquella primera aparición que hace en la mente el mal pensamiento. Esto no es pecado; antes bien, si la voluntad lo rechaza al instante, será motivo de merecimiento. San Bernardo escribía: «Cuantas veces resistieres, otras tantas serás coronado». También los Santos se vieron atormentados por estos malos pensamientos. En cierta ocasión San Benito, para triunfar de una de estas tentaciones, se

revolcó entre cambronerías, y San Pedro de Alcántara se arrojó a las aguas heladas de un estanque. De sí mismo escribe San Pablo que se sentía tentado contra la castidad: *Se me ha dado un estímulo en mi carne, emisario de Satanás que me apuñee* (2Cor., 12,7). Pidió a Dios con muchas instancias lo librarse de él: *Tres veces rogué al Señor lo alejase de mí*; pero el Señor no quiso quitárselo, contentándose con decirle que le asistiría con su gracia para vencer; *Y me dijo: «Bástate mi gracia.»* Pero ¿por qué no quiso Dios librarlo de aquellas tentaciones? Para que el santo Apóstol, resistiendo a ellas, hiciera mayores méritos. *Y es que la fuerza culmina en la flaqueza.*

Dice San Francisco de Sales que cuando el ladrón golpea desde fuera es señal de que aún no se ha metido dentro; de la misma manera, cuando el demonio tienta es indicio de que el alma está todavía en posesión de la gracia.

Santa Catalina de Sena se vio una vez por espacio de tres días terriblemente atormentada por el demonio con tentaciones impuras. Al cabo de esos días se le apareció el Señor para consolarla; y entonces la Santa se le quejó, diciendo;

—Pero, Salvador mío, ¿dónde estuvisteis durante este tiempo?

A lo que respondió el Señor:

—Estuve dentro de tu corazón, dándote fuerzas para resistir a la tentación.

Y acto seguido le hizo ver su propio corazón, más puro y santo que antes.

3. Después de la sugestión viene la *deleitación*. Si el sujeto no se apresura inmediatamente a rechazar la tentación sino que se detiene a discurrir con ella,

entonces la tentación comienza a hacerse *deleitosa*, invitando así al consentimiento. Pero mientras la voluntad no consienta, no hay en ello pecado mortal, sino sólo venial. Mas téngase entendido que si entonces el alma no recurre a Dios y ni pone resistencia a la tentación, ésta la arrastrará fácilmente a consentir. «Si no es rechazada la deleitación —dice San Anselmo—, ésta pasará al consentimiento, con muerte del alma.»

Cierta mujer tenida por santa, tentada del deseo de pecar con uno de sus criados, no hizo por rechazar al instante la tentación; lo cual fue incurrir en culpa, aunque sólo fuese de pensamiento. A ésta añadió luego otra mayor, cual fue callar por vergüenza en la confesión aquel su mal deseo. Y en este triste estado de conciencia le sorprendió la muerte. Como todos la tenían en opinión de santidad, quiso el obispo, por un sentimiento de devoción hacia ella, darle sepultura en su capilla particular. Mas he aquí que a la mañana siguiente se le aparece la difunta envuelta en llamas manifestándole (¡declaración tardía!) que por aquel mal pensamiento se había condenado.

4. Cuando, finalmente, a la simple deleitación se junta el *consentimiento*, el alma pierde ya la gracia de Dios, y se hace merecedora del infierno apenas consiente en el deseo de realizar el pecado (a esto llamamos *pecado de deseo*), o se deleita en tal o cual acto deshonesto como si efectivamente lo estuviera realizando (y a esto llamamos *delectación morosa*).

Cristianos de mi alma, estad siempre atentos a rechazar desde el primer instante los malos pensamientos, acudiendo al punto a implorar el auxilio de Je-

sús y de María. Quien se acostumbra a consentir en pensamientos torpes corre el grave riesgo de morir en pecado, por la sencilla razón de que este género de pecados se cometen con mayor facilidad. Un individuo puede tener en un cuarto de hora miles de malos pensamientos; pues bien, a cada pensamiento consentido le corresponde un infierno aparte.

En el trance de la muerte no puede el moribundo cometer pecados de obra, pues se halla en imposibilidad de moverse; en cambio, puede muy bien pecar de pensamiento, y a ello tienta muy poderosamente el demonio a los pobres moribundos. San Eleázaro —según refieren sus historiadores— estando en trance de muerte se vio tan reciamente tentado de feos pensamientos que exclamaba: «¡Oh, cuán grande es ahora el poder de los demonios!» El santo supo salir vencedor de todos ellos, porque ya estaba hecho a rechazar durante toda la vida todo mal pensamiento. Mas ¡ay de aquellos que tuvieron la costumbre de consentirlos!

Cuenta el P. Séñeri de uno de estos pecadores que, hallándose para morir, confesó con vivo dolor todas sus culpas. Cuando ya todos lo daban por un morador más de la gloria, se apareció trayendo la noticia de haberse condenado. Dijo que había hecho bien su última cofesión y que Dios le había otorgado su misericordia; pero que antes de expirar le pintó el demonio como una negra ingratitud el abandonar, si sanaba, a la mujer de sus pensamientos; rechazó este primer asalto de la tentación; llegó el segundo y... ya se detuvo un poco a considerar la diabólica proposición, pero acabó también por rechazarla; se repitió el asalto por tercera vez, y aquí rindió su consentimiento. Terminó diciendo que por eso

su muerte había sido en pecado mortal y que se hallaban en el infierno.

5. Jamás digas, hermano mío, lo que dicen algunos: que el pecado deshonesto no es tan grave y que Dios es benévolo con él.

¿Qué manera de hablar es esa? ¿Que *no es tan grave*? Por de pronto, es ¡es pecado mortal!, y uno solo, aunque nada más fuese de pensamiento, es suficiente para lanzarte a los infiernos. *Ningún fornicario* —dice San Pablo— *tiene parte en la herencia del reino de Cristo* (Ep. 5,5). ¡Decir que *no es tan grave*!, cuando para los mismos gentiles es este vicio el más detestable de todos por las muchas funestas consecuencias que acarrea. «El máximo mal del mundo —dice Séneca— es la lujuria». Y Cicerón afirma que «no hay peor peste que la voluptuosidad de la carne». Entre los santos, San Isidoro escribe: «Busca un pecado cualquiera, no hallarás ninguno que con éste se pueda comparar».

6. Leemos en las *Vidas de los Padres antiguos* que caminando un solitario y llevando como de continuo le acontecía por especial favor de Dios, un ángel a su lado, acertaron a pasar cerquita de un perro muerto que despedía un olor insoportable; pero el ángel no dio muestra ninguna de repugnancia. Más adelante toparon con un joven elegante y bien perfumado, y entonces el ángel se tapó las narices. Le preguntó el santo anacoreta la razón. «Es que este joven —le respondió el ángel—, manchado como está de sus lascivias, apesta más que aquel perro podrido que atrás dejamos».

Por otra parte, no hay pecado que más contente al demonio como el pecado de la impureza. «Goza

el demonio en extremo —dice Santo Tomás— cuando el hombre cae en pecado de lujuria, porque luego difícilmente se apartará de este vicio.»

7. Y ¿por qué es difícil?

1.º Porque el vicio impuro ciega al pecador de suerte que no le deja ver la ofensa que a Dios hace ni el miserable estado de condenación en que vive y duerme. Más aún, le quita —como dice Oseas— hasta el deseo de tornar a Dios: *No dirigen sus obras a la conversión hacia su Dios. Y ¿por qué? Porque se ha adueñado de ellos el espíritu de fornicación* (Os. 5,4).

2.º Porque la impureza endurece el corazón y lo hace obstinado.

3.º Porque de este pecado se origina (y es el principal motivo de complacerse tanto satanás en él) un sinnúmero de otros pecados, como hurtos, odios, homicidios, perjurios, murmuraciones, etc.

Nunca digas, pues, ¡oh cristiano!, que los pecados de impureza «no tienen tanta importancia».

8. Ni te am pares tampoco diciendo que *Dios es transigente con los pecados de la carne*. ¿Transigente? Pues has de saber que no hay pecado que más terriblemente haya castigado el Señor entre los hombres. Lee las Sagradas Escrituras y verás que por este pecado hizo Dios llover fuego del cielo que abrasó cinco ciudades con todos sus moradores. Verás que en castigo del mismo envió el diluvio universal: *Porque todo carne había corrompido su camino* (Gén. 6,12). Todos los hombres estaban encenagados en este vicio; en vista de lo cual, Dios hizo llover por espacio de cuarenta días y cuarenta noches, salvándose únicamente de la muerte las ocho personas que entraron en el arca: *Vino el diluvio y los arreba-*

tó a todos (Mt. 24,39). Más todavía; verás que habiendo entrado los hebreos en Settim, ciudad de Moab, y habiéndose dado a pacar con las mujeres moabitas, Moisés, obedeciendo las órdenes de Dios, hizo pasar a cuchillo veinticuatro mil hebreos: *El pueblo comenzó a prostituirse con la hijas de Moab... y en la matanza perecieron veinticuatro mil hebreos* (Núm. 26, 1, 9).

Y en nuestros días vemos también cómo Dios castiga la lujuria aun en esta vida. Entrad en el Hospital de los Incurables y pregunta a tantos desventurados jóvenes de ambos sexo por qué se ven sometidos a los tormentos del tajante bisturí o de botones de fuego, y os tendrán que responder que a causa de sus desórdenes sexuales: *Puesto que me dejaste —dice Dios— y me echaste a tus espaldas, también yo echaré sobre ti tu lujuria y tus prostituciones* (Ez. 23,35).

9. Esto en cuanto a los castigos de esta vida; porque ¿cuáles no serán los que al deshonesto aguardan en la otra? Dices que Dios transige fácilmente con este pecado. Pues San Remigio, citado por Santo Tomás de Villanueva, afirma que de los adultos pocos son lo que se salvan, por culpa del pecado de la carne. Y el P. Séñeri dice que de los que se condenan, tres cuartas partes es por deshonestos.

10. Refiere el Papa San Gregorio que un noble personaje cometió un gran pecado contra la castidad; al principio tuvo fuertes remordimientos de conciencia, pero en vez de confesar inmediatamente su pecado, lo fue retardando un día y otro día, hasta acabar por no hacer caso de él ni de las voces de Dios llamándole a penitencia. Le asaltó la muerte de rebato, muriendo sin señal ninguna de arrepentimiento.

Y oíd lo que pasó: después que lo hubieron enterrado, se vio salir de su sepultura varios días seguidos una llama, que fue reduciendo a cenizas la carne y los huesos del infeliz, y hasta el sepulcro entero.

11. Otro caso espantoso nos refiere el célebre Venancio Fortunato, obispo de Poitiers, en la *Vida de San Marcelo*, obispo de París. Murió una dama de vida deshonesto. Los días siguientes al entierro se vio una gran serpiente que día tras día venía al sepulcro a cebarse en las carnes de la desdichada difunta. El macabro espectáculo tenía aterrorizados a todos los habitantes, hasta que el santo obispo Marcelo, hiriendo a la serpiente con su báculo pastoral y poniéndola mandato de no aparecer más por allí, la alejó definitivamente.

Remedios contra las tentaciones de impureza

12. A quienes no son capaces de conservarse castos o que están en grave peligro de pecar, Dios les ha dado una solución, que es —como dice San pablo— contraer matrimonio; *Si no pueden guardar continencia, que se casen; pues es mejor casarse que abrasarse* (1Cor. 7,9).

—Pero, Padre —me dirá alguno—, el matrimonio es carga muy pesada.

—No lo niego; pero ¿no acabas de oír lo que dice el Apóstol: que es preferible casarse y soportar el duro peso del matrimonio a tener que arder un día en el infierno?

Por lo demás, nadie piense que los que no quieren o no pueden casarse no tengan otra solución, para conservarse castos, que el matrimonio. No hay quien

con la gracia de Dios y con el recurso de la oración no pueda superar las tentaciones del infierno.

Hay, pues, otros remedios, que son:

13. 1.º *El primero es andar siempre delante de Dios en humildad.* Castiga Dios la soberbia de algunos permitiendo que caigan en pecados contra la castidad. Hay que ser humilde y desconfiar en absoluto de las propias fuerzas. David confesaba que, por falta de humildad y sobra de confianza en sí mismo, había caído en el pecado: *Antes de ser humillado me descarrié* (Sal. 119,67). Debemos temer de nosotros mismos y poner en Dios toda nuestra confianza, para que nos libre de caer en este género de pecados.

14. 2.º *El segundo remedio es acudir inmediatamente a Dios implorando su auxilio,* sin detenerse a dialogar con la tentación. Apenas apunte en el alma una representación impura volvamos el pensamiento a Dios o a cualquier otro asunto indiferente; pero aún será mejor pronunciar entonces los nombres de Jesús y de Mará, y continuar con ellos en los labios mientras no desaparezca, o se debilite, por lo menos, la tentación. Y cuando ésta se hiciera fuerte y violenta, renueve en la voluntad el propósito de no pecar, diciendo: «Dios mío, prefiero morir antes que ofenderos», y al mismo tiempo pida el socorro del cielo: «Jesús y María, ayudadme.» Los nombres de Jesús y María tienen un poder extraordinario para ahuyentar las tentaciones del demonio.

15. 3.º *El tercer remedio es frecuentar los sacramentos de la confesión y comunión.*

Es de gran provecho descubrir al confesor las tentaciones deshonestas. «Tentación descubierta—

decía San Felipe Neri— es tentación medio vencida. Y si alguno, por desgracia, resbalase en esta materia, vaya a confesarse al momento. San Felipe Neri consiguió sacar del vicio a un joven ordenándole que tan pronto como cometiese alguna falta acudiese a declararla en el confesionario.

La comunión, por su parte, es también poderosísima para defendernos de las tentaciones. Se llama al Santísimo Sacramento *vino que engendra vírgenes*. Por este vino se entiende aquel que, consagrado en el altar, se hace sangre de Jesucristo. El vino terrenal perjudica a la castidad; el celestial, en cambio, la conserva.

16. 4.º *El cuarto remedio es tener devoción a María, Madre de Dios, a la cual llamamos Santa Virgen de vírgenes.* ¡Cuántos jóvenes, merced a la devoción a Nuestra Señora, se conservan puros y santos como los ángeles!

Cuenta el P. Señeri que fue a confesarse con un Padre jesuíta un joven atascado en las ciénagas de la lujuria; tanto lo estaba que el confesor se vio en la necesidad de despedirlo sin absolución; pero le recomendó que todas las mañanas, al levantarse, rezase tres Avemarías a la pureza de la Santísima Virgen, pidiéndole lo arrancase del vicio.

Volvió el joven, al cabo de muchos años, a confesarse con el mismo Padre, y, terminada la confesión (en la que apenas si pudo señalar algún que otro pecadillo venial) le dijo:

—Padre, ¿no me conoce? Yo soy aquel joven que, años atrás, no mereció su absolución a causa de la vida tan deshonesta que llevaba. Hoy, gracias a Dios, me veo libre, merced a las tres Avemarías que todas las mañanas, siguiendo el consejo de usted, he rezado.

Y le dio permiso para que, sin citar el nombre, hiciese público el caso. No acabaron aquí los favores de la Santísima Virgen; porque refiriendo desde el púlpito el dicho confesor este suceso, lo oyó un capitán, que desde hacía muchos años traía relaciones pecaminosas con una mujer; y él también empezó desde entonces a rezar las tres Avemarías con lo que consiguió romper los criminales lazos. Un día le tentó el demonio a visitar la casa de aquella mujer con el buen propósito de convertirla. Mas ¿qué sucedió? Que al poner los pies en el dintel de la puerta, sintió una fuerza invisible que lo fue empujando hacia atrás hasta ponerlo a gran distancia. Reconoció en esto una vez más la protección de María Santísima, pues, de haber entrado en la casa, y teniendo la ocasión a la mano, fácilmente hubiera vuelto a pecar.

Practicad, pues, todos ésta sencilla devoción de rezar cada mañana tres Avemarías a Nuestra Señora, añadiendo después de cada Avemaría la siguiente invocación: «Oh María, por vuestra pura e inmaculada concepción, conservad puro mi cuerpo y santa mi alma.»

17. 5.º *El quinto remedio* (y el más eficaz, por cierto, en esta materia) *es huir de la ocasión*: Este es, generalmente hablando el principal de todos los medios y remedios para ser casto. Excelentes son, a decir verdad, la frecuencia de sacramentos, el recurso a Dios en el momento de la tentación y la devoción a María Santísima, pero por encima de todos está la huida de las ocasiones. La escritura nos dice: *Será vuestra fortaleza como estopa en llamas... que no habrá quien la apague* (Is. 1,31). Nuestros mejores propósitos son como estopa sobre el fuego, que

en seguida arde y desaparece; ¿no sería una milagro que la estopa entonces no ardiera? Pues milagro sería también ponerse el hombre en la ocasión y no caer. Escribe San Bernardino de Sena que «ponerse en la ocasión y no pecar es mayor milagro que resucitar a un muerto». Y San Felipe Neri solía decir que en esta guerra de los sentidos, vencen los cobardes, es decir, los que delante de la ocasión huyen.

Y no digas: «Espero que Dios me ha de ayudar», pues el mismo Dios ha dicho: *Quien ama el peligro, perecerá en él* (Eclo. 3,27). Dios no ayuda a quien voluntariamente y sin necesidad se mete en la ocasión. Y téngase además presente que el que voluntariamente se pone en ocasión próxima de pecar, por el hecho mismo ya ha pecado, aun cuando no tuviera intención de realizar la acción pecaminosa a que se expone.

18. Puestos en la ocasión, aun los mismos santos cayeron, y hasta ha habido moribundos que, estando ya poco menos que exhalando el último suspiro, pecaron.

Refiere a este propósito el P. Señeri que hallándose gravemente enferma una mujer que de muchos años atrás venía sirviendo alegremente de concubina a un caballero, mandó llamar a un confesor, a quien con lágrimas de arrepentimiento confesó todos los pecados de su vida desordenada. Luego hizo venir a su lado al amigo para exhortarle a que, a ejemplo suyo, se entregase al servicio de Dios. Mas oído lo que pasó y ved cuán grande es la fuerza de la ocasión. Llegó el caballero; se puso ella a contemplarlo y, al fin de un arrebató de pasión le dijo: «Yo siempre te quise, amor mío, y ahora te quiero más que

nunca. Comprendo que por tu causa voy derecha al infierno, pero nada me importa condenarme mientras pueda decirte que te amo.» Y con estas palabras en los labios expiró.

19. Huyamos, pues, de la ocasión si queremos salvarnos.

Por consiguiente:

1.º Guardémonos de poner la vista en persona que pudiera despertar en nosotros malos deseos. «Por los ojos —escribe San Bernarno— entra en la mente la flecha del impuro amor»; por los ojos entran en el alma los dardos que la matan. Y el Espíritu Santo dice: *Aparta tu rostro de mujer muy compuesta* (Eclo. 9,8). Pero ¿qué?; ¿por ventura es pecado mirar a las mujeres? Por de pronto, es pecado venial fijar la vista en mujeres jóvenes, y hay peligro de que llegue a mortal si las miradas son insistentes. «Peligro es mirar —dice San Francisco de Sales—, pero mucho más peligro es remirar.» Un antiguo filósofo, por librarse de impúdicas sugerencias, se arrancó los ojos. A nosotros los cristianos no nos es lícita semejante mutilación física, pero sí debemos en un sentido moral sacarnos los ojos apartándolos de todo objeto tentador. San Luis Gonzaga nunca contempló ninguna mujer, y aun mientras hablaba con su madre, mantenía los ojos clavados en el suelo.

Y este peligro de que hablamos, también lo tienen las mujeres que fijan sus miradas en los jóvenes.

20. 2.º Huyamos, en segundo lugar, de las malas compañías y de toda reunión donde juntos parlán y galantean alegremente hombres y mujeres. *Limpio serás con el limpio sagaz con el perverso astuto*

(Sal. 18,27), es decir, que si andas entre gente buena, tú también lo serás; pero si tratas con deshonestos, llegarás a ser uno de ellos. Dice Santo Tomás de Aquino que «el hombre será lo que sean los amigos que lo rodean.»

Y si aconteciere hallarte en tales reuniones y no puedes ausentarte de allí, sigue entonces el consejo del Espíritu Santo: *Pon a tus oídos seto de espinas* (Eclo. 28,28); seto de espinas, para que no entren las palabras obscenas que otros dijeren.

San Bernardino de Sena, cuando joven, si oía alguna palabra inverecunda, se ponía encendido de rubor; por eso se guardaban muy bien sus amigos de decir chocarrerías en su presencia. Causaban éstas a San Estanislao de Kostka tal repugnancia que, oyéndolas se desvanecía y perdía el sentido.

Muchacha, cuando alguna conversación oyeres que ofende el pudor, vuelve las espaldas y aléjate. Esto hacía San Edmundo, según leemos en su Vida. Cierta día, habiéndose alejado de unos amigos por no oír su lenguaje licencioso, dio en el camino con un joven hermosísimo, el cual le saludó diciendo: «Dios te salve, amigo mío.» El Santo le preguntó quien era. «Mírame a la frente y verás escrito en ella mi nombre». Alzó Edmundo los ojos y leyó: *Jesús Nazareno, Rey de los judíos*. ¡Era Jesucristo!, el cual, en aquel mismo instante, desapareció, dejando al Santo inundado de alegría.

Tú, por lo menos, cristiano, cuando te vieres entre jóvenes que conversan licenciosamente y tienes que estar allí, no prestes atención, vuelve el rostro, dándoles a entender de esta manera que su conversación te desagrada.

21. Quiero contaros el castigo que dos libertinos tuvieron por su pláticas inmorales.

Volviendo a su monasterio San Walarico, un día de crudo invierno. Pidió asilo en una casa; pero al entrar encontró al dueño hablando indecencias con otro amigo suyo. El Santo les reprendió; más ellos contestaron con risas e injurias, continuando en su pícara conversación. San Walarico, no obstante el frío intenso de la noche, se salió de la casa. Apenas el Santo había desaparecido, cuando el dueño de la casa quedó repentinamente ciego y el compañero herido de horrible peste. Corrieron detrás del Santo instándole inútilmente a que volviera. Total, que el dueño quedó ciego para siempre y el compañero murió víctima de su apestoso mal.

¡Cuán grandes estragos hacen las conversaciones obscenas! Una palabra deshonestas puede ser causa de perdición para todos los que la escuchan.

Y no te excuses con que la dijiste en plan de broma. ¿Broma llamas a eso, cuando tú mismo te estás complaciendo en lo que hablas, y estás con tu lenguaje escandalizando a los demás? Esas bromas, desgraciado de ti, te harán llorar por toda la eternidad en el infierno.

22. Pero volvamos a lo que veníamos diciendo de las ocasiones que principalmente debemos evitar.

3.º Hay que abstenerse, en tercer lugar, de contemplar pinturas o estampas indecorosas. San Carlos Borromeo prohibió a los padres de familia tenerlas en sus casas.

Hay que privarse también de la lectura de libros malos, entendido por tales no sólo los intencionada-

mente pornográficos, sino en general todos lo que tratan de amores profanos.

Y vosotros, padres, quitad a vuestros hijos de leer novelas, cuya lectura puede serles aún más nociva que los de los libros obscenos; empiezan por despertar en el pobre corazón juvenil ciertos malignos afectos que le quitan la piedad y luego los empujan al pecado. «Las lecturas frívolas —escribe San Buenaventura— engendran frívolos pensamientos y extinguen la devoción.

Dad a leer a vuestros hijos libros espirituales o de historia eclesiástica o Vidas de los Santos. Y aprovecho la ocasión para repetiros el consejo de no permitir que vuestras hijas tomen lecciones de abecedario y escritura de ningún hombre, aunque éste fuera un San Pablo o un San Francisco de Asís: que los santos ¡sólo están seguros los del cielo!

23. Tampoco deben consentir los padres que sus hijos representen comedias o que asistan a representaciones obscenas. San Cipriano escribe: «La mujer que entró pura en la sala de espectáculos, torna impura. Ese muchacho o aquella joven iran en gracia de Dios y volverán a sus casas privados de la gracia divina. También deben prohibirles ciertas fiestas —fiestas del demonio— donde se baila y se flirtea y hay canciones y bromas picantes y diversiones pecaminosas. «Donde se baila —decía San Efrén— se celebra la fiesta del diablo».

Se me dirá: Pero ¿qué mal hay en ello, siendo así que todo es puro pasatiempo?

¿Que qué mal hay? Oíd a San Pedro Crisólogo: «No son, no, cosa de juego, sino crímenes»; no son un simple divertimento, sino graves ofensas de Dios.

Un compañero del siervo de Dios Juan Bautista Vitelli quiso asistir, contra la voluntad de su padre a una de estas fiestas que se daban en Norcia; allí perdió el tesoro de la gracia, luego se abandonó a una mala vida y acabó, finalmente, a manos de un hermano suyo.

24. Llegados a este punto, tal vez alguno me pregunte: ¿Será pecado mortal galantear?

¿Qué queréis que os diga? Que ordinariamente hablando es muy difícil que quienes andan en este juego no estén en ocasión próxima de pecado mortal. La experiencia enseña que de estos galanteadores y enamorados muy raros son lo que no caen en culpas graves. Tal vez al principio de la amistad no las cometan, pero sí fácilmente después andando el tiempo: primero se conversa por simpatía, luego la simpatía se hace pasión y cuando la pasión se ha hecho fuerte, ciega entonces la razón y precipita al alma en mil pecados de impuros pensamientos, de palabras escandalosas y de torpes acciones. El cardenal Pico de la Mirándola, obispo de Albano, ordenó en su diócesis a todos los confesores que no absolvieran a estos enamorados cuando, después de corregidos, continuasen en su amoroso juego sobre todo siendo a solas o durante horas muertas o a escondidas o amparándose en la oscuridad de la noche.

—Pero, Padre, yo no lo hago con mal fin: ni siquiera tengo malos pensamientos.

Sin embargo, insisto: huíd, jóvenes; huíd muchachas, de estos coloquios amorosos con personas de diferente sexo. El demonio procede de esta manera: al principio no te pondrá malos pensamientos; mas una vez que el afecto vaya echando raíces, te cega-

rá, de suerte que no veas ya ni lo que haces; y sin saber cómo te hallaras con que has perdido alma, Dios y honra. ¡Cuántos desgraciados jóvenes gana para sí el demonio por este camino!

APENDICE III

Según la opinión de los Santos y maestros de espiritualidad, incluido San Ligorio, la mayor parte de las almas que se condenan, es por causa de los pecados de la carne.

Aquí San Ligorio, en el apartado 9, nos atrae la opinión de Santo Tomás de Villanueva, quien afirmaba que “los adultos son muy pocos los que se salvan por culpa de los pecados de la carne”. Y según el P. Señeri, “las tres cuartas partes de los que se condenan es por causa de los pecados deshonestos”.

Pues si así pensaban los santos antes de existir el cine y la televisión, ¿qué dirían ahora si vieran cómo está el mundo? Las playas, las piscinas públicas, las discotecas y la misma televisión. ¿qué son sino enredos del diablo para seducir y arrastar a millones y millones de almas insconscientes? Pues si en tiempos de San Ligorio él creía que de cuatro partes tres se condenaban por culpa de los pecados sexuales, ¿qué diría ahora en esta sociedad donde todo rezuma sexo por todas partes?

Pues siendo esto así, ¿cómo es que los sacerdotes y predicadores hablan tan poco de ello y le dan tan poca importancia a este gravísimo tema? ¿Por qué se habla tanto del amor al prójimo, insistiendo tanto en ello, mientras no se dice una sola palabra de la gravedad de los pecados de la carne que son los

que llevan mayor número de almas al infierno? ¿No será esto un ardid del demonio, que quiere se insista tanto en lo que menos daño le hace, restando importancia a lo más grave, para tener asegurada la perdición del mayor número de almas?

Siendo, pues, el pecado de la carne el que más almas lleva al infierno, como siempre han dicho los santos, y como reveló la Santísima Virgen a Jacinta de Fátima, no cabe duda que lo que más daño hace al diablo y mayor bien a las almas es enseñarles a huir de sus redes. Aquí San Ligorio, con toda su categoría de Doctor de la Iglesia y Príncipe de Moralistas, nos dá varios remedios. Pero el principal de todos, el que él llama “*el remedio de los remedios*”, es el que nos dá en el apartado 17, que consiste en la *huída de las ocasiones*. Este apartado es sin duda el más importante de todo el libro, y el tema en el que más debieran insistir predicadores y confesores.

¿Y cuales son, pues, dichas ocasiones? —San Ligorio nos habla en los apartados del 17 al 24 de muchas de ellas, que serían, sin duda, las principales de su tiempo. Pero los tiempos han cambiado y hoy las hay mucho más graves que, aunque no las condena el Santo porque entonces no existían. podemos suponer lo que diría de ellas por lo que dice de otras parecidas de mucha menor importancia.

En el apartado 19 se pregunta: “¿Por ventura es pecado mirar a las mujeres?” Y contesta: “Por de pronto es pecado venial fijar la vista en mujeres jóvenes, y hay peligro de que llegue a mortal si las miradas son insistentes”. Ahora bien: Si para un hombre resulta que es pecado venial fijarse en una mujer, por el simple hecho de ser joven y mujer, ¿qué clase de pecado podrá ser si además es bonita y se

presenta semidesnuda con ademanes francamente provocativos? ¿Qué diría el Santo si viviera en nuestro tiempo y viera cualquiera de nuestra playas en verano, o las películas de la televisión?

En los apartados 22 y 23 etc. habla de otros peligros que pueden servirnos para comprender la gravedad de otros muchos más serios e importantes que existen hoy y no existían en su tiempo. ¿Qué diría si viera la pornografía de hoy? ¿Qué diría si viera las costumbres y las modas de hoy? ¿Qué diría si viera la juventud de hoy y el ambiente en que se vive? Saquemos conclusiones y pensemos que estas cosas no las decía un chalado, son palabras de un doctor de la Iglesia y el primero y más importante en materia de teología moral.

SEPTIMO MANDAMIENTO

No robarás (Ex., 20,15)

§ 1. —Del robo

1. ¿Qué se entiende por robo? —Apoderarse de los bienes ajenos *sin justa causa y contra la voluntad* de su dueño.

Decimos *sin justa causa*, pues, si un individuo se halla en extrema necesidad o un acreedor no puede de otro modo percibir lo que se le debe, será entonces lícito apropiarse lo ajeno sin el consentimiento de su dueño.

a) *En cuanto a la necesidad*: Debe ser ésta una necesidad extrema; como sería la de aquel que, de

no tomar de lo ajeno, tuviera que verse en peligro próximo de la muerte o de gravísimo daño.

Pero entiéndase que sólo podrá apoderarse de lo que estrictamente necesite para librarse de semejante peligro.

Lo dicho no vale para el que se halle en necesidad *grave*, pero no *extrema*; este tal no puede de ninguna manera apoderarse de lo ajeno contra la voluntad del dueño, como consta por la proposición 36, condenada por Inocencio XI.

b) *En cuanto a la compensación*: Únicamente es lícita cuando el adeudamiento es cierto y no hay otra manera de rescatarlo.

No puede, por consiguiente, un criado —según se dijo anteriormente al hablar del cuarto mandamiento— compensarse ocultamente por sus servicios, por el mero hecho de que él no los juzgue suficientemente retribuidos. Véase en el cap. 4, n. 27 la afirmación condenada por Inocencio XI.

Dijimos, en segundo lugar, *contra la voluntad de su dueño*; porque si éste consiente, o se presume como cosa cierta el consentimiento, no sería entonces hurto tomar de sus bienes.

2. El robo, cuando, respecto de la persona a quien se roba, es grave, constituye pecado mortal, y el ladrón se hace reo del infierno. *Ni ladrones, ni codiciosos..., ni salteadores herederán el reino de Dios* (1Cor. 6,10). Pecado es éste para el que la humana justicia tiene también sus castigos, incluso, a veces, hasta la muerte, ya que los ladrones destruyen la paz de la sociedad entera.

3. Así que todo hurto, en llegando a materia grave, es pecado mortal; y no importa que la cantidad

se haya robado de una vez o poco a poco, ya que los pequeños hurtos se acumulan, llegando a formar en su conjunto materia grave.

Si el robo se realiza, no a escondidas, sino por la violencia, será doble pecado, por ser doble la injusticia que entonces se comete. Y si es de cosa sagrada, o se perpetra en lugar santo, será, además, un sacrilegio.

4. No sólo roba el que se apodera de bienes ajenos, roba también el que, pudiendo hacerlo, no paga a sus obreros o criados el debido salario o defrauda al menestral o a cualquiera otra persona que trabaja para él. Esto es lo que llaman *hurtos honrados*, *hurtos de gente de bien*, la cual no suele tener de ellos el menor escrúpulo. Pero ¿para cuántos será el motivo de condenación! *El escaso pan* —dice la Sagrada Escritura— *es la vida de los pobres y quien se lo quita es un asesino* (Eccl. 34,25). Quien al pobre defrauda, le quita la vida, pues le priva de aquello con que la mantiene. Dice el Apóstol Santiago: *El jornal de los obreros que han segado vuestros campos, defraudado por vosotros, clama al cielo, y sus gritos han llegado a los oídos del Señor de los ejércitos* (Sant. 5,4). Por eso nos advierte el Espíritu Santo que saldemos cumplidamente las cuentas con el pobre antes que se haga de noche, es decir, tan pronto como nos sea posible: *Dale cada día su salario, sin aguardar a que se ponga el sol, porque es pobre y lo necesita* (Dt. 24,15). No digas: —Ya se lo pagaré mañana. Porque tal vez hoy se está muriendo de hambre.

Leemos en el P. Del Verme, que Joserammus, hijo de Luderico conde de Flandes, difirió, en tiempo

de carestía, el pago de una cesta de fruta que le había vendido una mujer. La dilatación fue causa de que a aquella pobre vendedora se le murieran de hambre tres niñitos que tenía. El conde, al saberlo, castigó la conducta de su hijo, haciéndole degollar. «Vergonzoso es —escribe Casiodoro— robar a aquellos a quienes debemos dar.»

5. Peca también, y para el caso es como si robase, el que injustamente damnifica al prójimo en sus bienes, y está obligado a restituir, si el daño fue con advertencia. Dígase lo mismo, en cuanto al pecado y a la restitución, del que impide que otro perciba lo que en justicia se le debe, o del que con torpes enredos, violencias o calumnias priva al prójimo de algún beneficio que podía venirle, si no por estricto derecho, tal vez por donación o legado testamentario.

6. Pecan y están obligados a la restitución todos aquellos que cooperan en el robo o daño del prójimo con su mandato o consejo; igualmente quienes no lo impiden pudiéndolo impedir, como deben hacerlo por obligación los guardas que el dueño tiene para su hacienda y, en general, todos los criados cuando se trata de defender los bienes del amo contra ladrones extraños.

Fuera de estos casos, quien a poca costa puede evitar al prójimo un grave daño y no lo evita, no está obligado a restituir, pues no falta a la justicia; pecaría, sin embargo, contra la caridad.

7. Roba el que, habiendo encontrado fortuitamente algún objeto y sabiendo quién es su dueño, no lo restituye; o si, desconociendo al dueño, no hace ninguna diligencia para averiguarlo.

Las cosas halladas deben conservarse mientras haya esperanzas de que aparezca su propietario. Y advierto que, cuando el objeto es de mucho valor, una costosa prenda de vestir, por ejemplo, o de una sortija valiosísima, o una cartera llena de billetes, siempre es de esperar que tarde o temprano aparezca el dueño, el cual, buscando acá y acullá, habrá hecho seguramente correr la voz por todas partes por donde anduvo, y así fácilmente se llegará a saber más tarde o más temprano cuyo es el objeto perdido.

8. Peca quien compra cosa robada.

Y no vale decir: «Es que, si no la compro yo, la comprarán otros.»

Escucha lo que se refiere de un soldado que por la fuerza se apoderó de la chotilla de una pobre aldeana. Lloraba la mujer al mismo tiempo que increpaba al soldado con estas palabras:

—Pero ¿y por qué te empeñas en llevarme la chotilla?

—Es que, señora, si no se la quito yo, se la han de quitar otros...

Sucedió que el soldado cayó herido y murió. Condenado al infierno, aparecióse acompañado de un demonio que descargaba sobre él fieros azotes.

—¿Por qué me golpeas? —gritaba el infeliz—

Y el demonio respondía:

—*Es que si no te azoto yo, otros te habrán de azotar.*

No os dejéis, pues, engañar por el enemigo con ese pensamiento: ¡Si no me apodero de esto, otros se lo habrán de llevar! Si otros lo roban, ellos se condenarán; pero si la robas tú, tú serás quien se vaya al infierno.

Ni digas tampoco: «¡Pero yo lo pago con mi dinero!»

¿No sabes que es cosa robada y que, por consiguiente, no puedes apropiártela? Si la compraste, hicistes mal en comprarla, y ahora estás obligado a restituirla.

9. También son reos de hurto los que, al comprar o vender, cometen fraudes o injusticias y los que no se atienen a las condiciones de los contratos que hacen o fuerzan a los amos con huelgas y chantajes a firmar los contratos contra su voluntad.

“Con respecto a las ventas, no se puede engañar a los clientes ocultando los defectos de las mercancías o exajerando su valor. Quien vende artículos defectuosos como si fueran buenos, estafa a los clientes y queda obligado a restituir no solamente la diferencia cobrada de más sino, posiblemente, todo lo que cobró por los artículos, y aun tal vez más si por causa de sus defectos hubieren sido perjudicados”.

“Consideremos sino, los perjudicados por el aceite de colza, ¿podría quedar satisfecha la conciencia de los estafadores con devolver el dinero cobrado? De ninguna manera; pues con devolver el dinero ni con nada del mundo podrán devolver la salud a los perjudicados.” (El editor).

10. Negociantes, ¿queréis ganar mucho? Pues sed veraces en todo.

Cuenta Cesario de dos mercaderes que en sus confesiones siempre se acusaban, pero sin enmendarse nunca, de mentiras que decían en el negocio. El negocio no prosperaba. Un día el confesor les dijo: «No volváis a decir jamás una mentira, y yo os prometo bajo mi palabra, que haréis grandes ganancias.» Y así fue: con la verdad siempre en los labios, cobra-

ron fama de hombres honrados y sinceros, haciendo ahora con la verdad más dinero en un año que antes con la mentira en diez.

Pasemos ya a tratar de la restitución.

§ 2. —De la restitución

11. Personas hay que habrán robado y que, si el confesor le manda restituir piensan que eso es imponerles excesiva penitencia.

No, amigos, no se trata de penitencia, sino de una obligación de justicia de la que no puede descargarnos el confesor ni el obispo ni el Papa. *Pagad a todos vuestras deudas* (Rom. 13,7), dice San Pablo. Y hay que entregar la cosa a su dueño; si aquélla ya no existen se deberá entregar el precio de la misma; y si el dueño ya murió, la restitución se hará a sus sucesores herederos. Si nada se sabe del dueño ni de los herederos tampoco, entonces se restituirá repartiendo el precio entre los pobres o encargando misas por el alma del dueño.

12, La restitución debe hacerse sin demora.

Hay quienes poseen bienes ajenos y tienen ánimo de devolverlos pero dicen: «Cuando muera, trataremos del asunto.»

Es decir, que están dispuestos a restituir pero... ¡cuando ya no pueden llevarse las cosas consigo!

El que, pudiendo restituir, difiere la restitución por mucho tiempo, peca mortalmente aunque su intención sea la de restituir. Solamente se librará de pecado mortal si la dilación es corta: diez o quince días, pero no más. Pero si esta dilación, aun siendo pequeña, ocasionase al dueño algún perjuicio, el deudor estará obligado a resarcir el daño, pues no hay

duda ninguna que el ladrón está obligado a indemnizar al propietario todas las pérdidas provenientes del hurto.

A aquel que puede restituir inmediatamente y no quiere hacerlo, debe negársele la absolución; de lo contrario, se corre el riesgo de que no restituya nunca, supuesto que la restitución es siempre cosa harto dura.

Un caballero guardaba consigo cien doblas robadas. Fue a confesarse: el confesor le advirtió la obligación de devolverlas y tal vez le amenazó con negarle la absolución si antes no restituía.

—Padre —dijo el caballero—, apenas llegue a casa las entregaré.

Mas luego no lo hizo. Muchas otras veces repitió la misma promesa, pero sin cumplirla nunca; hasta que al fin, tuvo que decirle el confesor.

—Pues, si quiere que le absuelva, váyase ahora mismo a casa y tráigame la bolsa con el dinero; entre tanto no espere mi absolución.

Fuese y trajo la bolsa.

—¡Ea, entregadmela! —díjole el confesor.

—Padre —respondió el caballero—, alargad la mano y tomadla vos mismo.

Y así restituyó. Por donde podéis ver, hermanos míos, cuán difícil sea la restitución y cuán expuesto, por consiguiente, absolver antes de que ésta se efectúe. Y cosa cierta es que no puede ser perdonado por Dios quien no restituye. «No se remite el pecado —dice San Agustín— si no restituye lo robado». De ahí que San Antonino asegure «no haber otro pecado más peligroso para un alma que el de robo»; y la razón que da es que los otros pecados basta arrepentirse de ellos, mientras que para el la-